

# Los comunistas en la huelga metalúrgica de 1942 y los orígenes del peronismo.

Sebastián J. Rodríguez y Andrés I. Gurbanov.

Cita:

Sebastián J. Rodríguez y Andrés I. Gurbanov (2007). *Los comunistas en la huelga metalúrgica de 1942 y los orígenes del peronismo. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/539>

# Los comunistas en la huelga metalúrgica de 1942 y los orígenes del peronismo<sup>1</sup>

Sebastián J. Rodríguez y Andrés I. Gurbanov

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Buenos Aires

[sebasMari@tutopia.com](mailto:sebasMari@tutopia.com)

[agurbano@hotmail.com](mailto:agurbano@hotmail.com)

En la historiografía contemporánea argentina, en los últimos años, ha habido una reevaluación y revalorización de la década de 1930, en particular en lo que respecta al área de estudios donde insertamos este trabajo: la historia del movimiento obrero.

En este período hay un momento clave para comprender el desarrollo posterior del proletariado argentino, que es el año 1942. Muy poco estudiado, se trata del año de mayor conflictividad entre el capital y el trabajo en la etapa preperonista, en un contexto de retroceso de la participación del trabajo en la renta nacional y de “carestía de la vida” por el conflicto bélico mundial.<sup>2</sup> Este artículo consiste en la descripción y el análisis de uno de los conflictos más importantes de ese año tanto por su duración como por el número de obreros involucrados: la huelga protagonizada por los obreros metalúrgicos, declarada por el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM), de extracción comunista, entre junio y julio de 1942.

Al enfocar el estudio en esta huelga, tenemos por objetivo reconstruir el proceso de constitución de la fracción metalúrgica de la clase obrera argentina, en una coyuntura donde protagoniza un conflicto de grandes proporciones –en el cual, además, es derrotada–, esperamos aportar nuevos elementos para pensar la crisis de la conducción comunista al interior del proletariado argentino.<sup>3</sup> El caso del SOIM nos permite estudiar la dinámica entre obreros metalúrgicos y dirigentes comunistas antes de que Perón comenzara su accionar político desde el Departamento Nacional de Trabajo (DNT); es decir, no podemos asignarle a éste ningún rol en esa crisis. Y recordemos, finalmente, que se trata de un fragmento del proletariado que años más tarde, enrolado en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), terminará constituyendo “la columna vertebral” del peronismo.

Entonces, ¿por qué los comunistas pierden el sindicato? ¿Qué relación existe entre la derrota de la huelga de 1942 y el surgimiento de una dirigencia alternativa entre los metalúrgicos? ¿Se trata de un hecho aislado y particular o bien puede descubrirse allí el germen de la crisis general –aunque no terminal– de la inserción del PCA en el seno del movimiento obrero argentino?

Dividiremos la exposición en dos apartados: en el primero repasaremos los principales abordajes que intentaron explicar la crisis del comunismo al interior de la clase obrera argentina y la relación de este proceso con los orígenes del peronismo. En el segundo, presentaremos en forma detallada el devenir del conflicto aquí estudiado, junto con las hipótesis que fuimos elaborando durante el relevamiento de fuentes para explicar la crisis del SOIM. Finalmente, en las conclusiones, intentaremos relacionar ambos apartados, dejando planteado qué nuevos elementos puede aportar nuestra investigación respecto de la crisis del comunismo y los orígenes del peronismo.

## **Clase obrera, comunismo y orígenes del peronismo: el planteamiento del problema**

El tema de los “orígenes del peronismo” ha sido recurrentemente abordado por las ciencias sociales. Desde los primeros trabajos académicos en la década de 1950, hasta hoy, es posible reseñar varias posturas diferentes sobre este tema, algunas muy cercanas entre sí, otras completamente discordantes.

Quizás uno de los principales parteaguas en este océano de interpretaciones sea la cuestión de la heteronomía o autonomía de la clase obrera respecto de la figura de Perón y del surgimiento del fenómeno peronista. En otras palabras, nos referimos a considerar si la masiva adhesión del movimiento obrero argentino a dicha opción política fue, o bien una imposición “desde afuera”, o bien el resultado de la propia acción de lucha del proletariado por lograr sus objetivos como clase.

Esta disyuntiva no es irrelevante respecto del problema que plantea nuestra investigación. Las posturas “heteronomistas” –herederas de los primeros trabajos de Gino Germani– tienden a minimizar el desarrollo del movimiento obrero previo al golpe de 1943, señalando una fuerte *ruptura* entre la clase obrera peronista y la preperonista.<sup>4</sup> En estas interpretaciones, la “nueva clase obrera”, moldeada ya fuera por los procesos de migraciones internas, por el discurso interpelador peronista o por el motivo que cada autor refiera, sería muy diferente de aquella que protagonizara las luchas sociales pasadas. Como corolario de esta postura, se minimiza también el papel jugado por las diferentes organizaciones políticas de dicha clase hasta 1945. El papel del comunismo como opción política –y del PCA como partido “de clase”– queda así oculto tras un velo, el cual, para empezar a rasgarlo, fue necesario afirmar primero la autonomía de la clase trabajadora y resaltar su papel activo y dinámico en la constitución de dicho fenómeno político-social. Desde Murmis y Portantiero, en su ya clásico *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, una serie de trabajos han remarcado frente a la *ruptura* antes mencionada, los lazos de *continuidad* que ligan a los obreros pre y post-peronistas.<sup>5</sup>

Dentro de esta última perspectiva es donde insertamos nuestro trabajo. Si en apariencia el peronismo marca un antes y un después en la historia de la clase obrera argentina, creemos que esa bisagra debe interpretarse afirmando en el análisis la idea de *movimiento*. Y es en este punto donde encontramos los principales aportes conceptuales, metodológicos y empíricos de los trabajos que en los últimos años han profundizado el análisis del movimiento obrero en la “década del treinta”.

Así, en una reciente investigación sobre la huelga general de 1936, Nicolás Iñigo Carrera rastrea en la evolución y conformación de la clase obrera el desarrollo de su conciencia de clase y las diferentes “estrategias” que esta se da “para sí” en la prosecución de sus objetivos. Según este autor, la estrategia dominante al interior del movimiento obrero en el ciclo que se abre a partir de esa huelga general es la de “inserción democrática”, es decir, la intención de entrar a participar del sistema democrático burgués, teniendo en cuenta el marco de posibilidades que se abría para ella y la imposibilidad, por el momento, de plantearse la superación de ese sistema. En este sentido, la clase obrera, lejos de ser ontológicamente revolucionaria, se fija a sí misma la única meta que por el momento puede alcanzar de acuerdo al desarrollo del capitalismo en ese momento histórico, y de acuerdo también al grado de conciencia

que ha alcanzado en su conformación como clase. Si bien este autor se centra en el estudio de la clase obrera durante el hecho puntual analizado (la huelga general de 1936), en sus conclusiones invita a ir un poco más allá. Para Iñigo Carrera, la estrategia de incorporación a un sistema político de fracciones sociales hasta ahora excluidas confluye con la estrategia de la burguesía en el mismo período, generando la conformación de una alianza social que dará origen al fenómeno peronista.<sup>6</sup>

Ahora bien, si aceptamos que la estrategia de “inserción democrática” de la clase obrera argentina de fines de la década del ‘30 confluye años después en el fenómeno peronista, es legítimo preguntarse por las otras opciones políticas “de clase” existentes en la Argentina de esos años: ¿Qué sucedió con socialistas y comunistas, quienes jugaron en ese período un papel fundamental en la organización del movimiento obrero?

Para el caso específico del partido comunista, esta cuestión plantea un interrogante adicional, dado que luego del “viraje” de 1935 y a través de la línea política de constitución de “frentes populares”, el PCA también planteaba al movimiento obrero una estrategia semejante.

Hernán Camarero, en un artículo publicado hace pocos años, hace un intensivo repaso historiográfico sobre cómo fue estudiada la relación entre comunismo y clase obrera en el período 1925–1943.<sup>7</sup> En ese trabajo, Camarero señala que existe un cierto acuerdo –algo paradójico– entre las visiones producidas desde la “izquierda nacional” de Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos, y desde la sociología científica de Gino Germani, en el hecho de marcar un corte abrupto en el desarrollo de la clase obrera hacia 1943/45. A pesar de profundas diferencias en la interpretación del fenómeno peronista, estos autores reforzaron la idea de un “vacío de representación” producto de esa brecha en el desarrollo del movimiento obrero, como piedra fundamental para comprender el fracaso del comunismo entre los trabajadores argentinos.

Ahora bien, si buscamos complejizar y discutir estas posturas rupturistas, ¿qué otras razones ha encontrado la historiografía argentina para explicar la decadencia del comunismo?

Hugo Del Campo, en su libro *Sindicalismo y peronismo*, elabora otra respuesta a este interrogante, al reseñar allí el proceso de lucha entre las distintas organizaciones políticas, partidarias y sindicales de la clase obrera durante el período que concluye en el 17 de octubre de 1945 y en las elecciones presidenciales de 1946. Este autor no considera a la clase obrera como “disponible” para los planes políticos de Perón, sino que intenta explicar por qué comunistas y socialistas fueron perdiendo su capacidad dirigente. Del Campo describe la terrible contradicción en que quedan encerrados ambos partidos al enfrentar electoralmente al conjunto del proletariado, sus supuestos interlocutores políticos. Para el caso del PCA, señala que el colapso de la inserción en el seno de la clase obrera logrado en los años ‘30 se debió a la “...increíble ceguera de hombres presuntamente formados en el marxismo ante el evidente contenido de clase que había adquirido el enfrentamiento desencadenado por las ambiciones políticas de Perón, [lo que] llevaría al suicidio histórico de las izquierdas argentinas, destinado a perdurar por muchas décadas”.<sup>8</sup> Así, la incapacidad del comunismo para ver el escenario de la “lucha de clases al descubierto” que se abría en junio del ‘45, sumado a la participación en la Unión Democrática, sellarían la suerte de aquella estrecha relación de la década pasada.

Es José Aricó quien, en una suerte de respuesta a Del Campo, postula que la crisis de la relación entre clase obrera y comunismo no debe buscarse en la forma en que estos últimos vieron al fenómeno peronista –su supuesto “error histórico”– sino, por el contrario, en la relación entre *clase* y *partido*. En palabras del autor, “el problema no reside, como creen algunos, en el hecho de que el PCA apoyó una coalición conservadora en lugar de inclinarse por la candidatura “obrerista” de Perón [...] el error de los comunistas no [hay] que buscarlo en su actitud frente al peronismo, sino más bien en su actitud frente a la clase obrera”.<sup>9</sup> Durante la segunda mitad de la década de 1930, “[los comunistas] fueron, sin saberlo, uno de los instrumentos más poderosos para la conquista de una conciencia reivindicativa por parte de la clase obrera [...] creyendo trabajar como comunistas en el seno de la clase trabajadora, eran en realidad elementos avanzados de la propia clase en la construcción de sus organizaciones [...] en tal sentido no era estrictamente necesario que existiera identidad entre sus propuestas políticas y su estrategia sindical [...] sólo bastaba con que no se contradijera”. Es decir, según Aricó los comunistas fueron “vanguardia” mientras sus propuestas políticas coincidieron con la “estrategia” de la clase obrera. ¿Y qué sucedió luego? Más adelante volveremos sobre este punto.

Por su parte, Hernán Camarero –en el trabajo ya citado– señala que el problema no fue intrínseco a la relación entre clase y partido. Según este autor, el PCA fue el partido con mayor crecimiento entre los obreros argentinos en el período inmediatamente anterior al golpe de Estado de junio de 1943; esta constatación –crucial para la historiografía del período– hace que para comprender la derrota del comunismo sea necesario contemplar la avanzada “desde afuera” que significó el peronismo. Esta avanzada, muchas veces violenta y apoyada en forma oficial por el Estado, explica en última instancia el triunfo del peronismo en la disputa por la conducción de los obreros argentinos.<sup>10</sup>

Frente a estas hipótesis sobre la crisis del comunismo, creemos que nuestra investigación puede aportar al desarrollo del debate, desde un estudio de caso que busca analizar la especificidad de la fracción metalúrgica de los trabajadores argentinos. Como ya mencionamos, la crisis de la dirigencia comunista del SOIM es anterior a la llegada de Perón a funciones de gobierno. Y si bien una vez constituida la UOM como sindicato paralelo es constatable la acción del Estado en la “derrota” del gremio dirigido por el comunismo, a través de la acción emprendida “desde afuera” por el peronismo, esta derrota no explica la crisis del comunismo en sí.<sup>11</sup>

Creemos que una forma de encarar este problema radica en ordenar el análisis en diferentes etapas: primero, comprender el desarrollo de los procesos de lucha protagonizados por los obreros metalúrgicos, que son primordiales en su proceso de conformación como fracción de clase; luego, analizar cómo en esa coyuntura de conflicto juegan su papel las organizaciones políticas y sindicales que reclaman su representatividad. De esta manera, no aislamos en el análisis la cuestión de la derrota del comunismo frente al peronismo, sino que la insertamos en el proceso de lucha de clases. Lo que sigue, entonces, es la descripción de la huelga metalúrgica de 1942 y el análisis del papel que allí jugaron sus dirigentes comunistas.

## **1942: Conflicto metalúrgico y tensiones al interior de una fracción de la clase obrera argentina**

En la historiografía sobre la clase obrera argentina existe un solo trabajo que ha estudiado en profundidad la huelga metalúrgica de 1942, escrito por Roberto Elisalde. Si bien señala muchos aspectos que nosotros retomamos en esta investigación, es importante notar que su unidad de análisis es el SOIM en sí, y no la fracción de clase; así, mientras Elisalde estudia las relaciones entre este sindicato, el Partido Comunista, el Estado y los empresarios del sector, nosotros centramos la mirada en el movimiento de la fracción metalúrgica; en su proceso de conformación a través del desarrollo del conflicto con el capital de esta rama. Desde esta perspectiva, la huelga de 1942 es una coyuntura fundamental para comprender ese proceso recién mencionado. Como momento de lucha abierta, se prolongó durante 18 días, entre el 26 de junio y el 13 de julio, lo cual la convierte, además, en una de las más importantes de toda la década, involucrando casi a 70.000 obreros.<sup>12</sup>

Sin embargo, nuestro análisis no va a limitarse sólo a los acontecimientos ligados a la huelga. Si bien el conflicto aquí estudiado implica un momento crítico en el desarrollo de la conflictividad entre una fracción del capital y de la clase obrera, esta conflictividad, como todo movimiento de lo real, se muestra de diferentes formas y con distintos grados de intensidad. Creemos que sería un error equiparar todos los conflictos entre capital y trabajo en un mismo plano. Y sería incompleto estudiar dicha conflictividad observando sólo el accionar huelguístico sin comprender la incidencia de los conflictos surgidos, por ejemplo, a nivel planta y protagonizados por los mismos obreros que luego van masivamente a la huelga. En definitiva, aquí proponemos una visión articulada, que intenta relacionar todos los planos por donde discurre el enfrentamiento entre capital y trabajo, y que inciden de diferentes formas en el devenir de la fracción de clase estudiada.

## 2.1 - La industria metalúrgica en la coyuntura de la huelga

A lo largo de la década del '30 y principios de los '40 el sector metalúrgico se desarrolla a un ritmo acelerado, y se refleja en un importante incremento tanto de los establecimientos instalados como de la mano de obra utilizada.<sup>13</sup> Esta situación no escapaba a la percepción de los propios obreros, ni a la del propio sindicato, quienes en agosto de 1942 señalaban que “la industria metalúrgica es un negocio próspero y en firme ascenso, cuyas utilidades llegan en muchos casos al 25% sobre el capital que representan, habiendo aumentado el 30% el número de establecimientos y casi el doble del valor de la producción en igual período de tiempo”.<sup>14</sup>

Dentro de este escenario de crecimiento nos interesa particularmente la incorporación de maquinaria en el proceso de trabajo y la percepción que los obreros tienen de este proceso. Un indicador interesante a observar es el incremento de la capacidad instalada. Para el caso de TAMET (una de las metalúrgicas más importantes) la relación entre ésta y la fuerza de trabajo era, en 1935, de 2,77 HP por obrero, y hacia 1944 se había casi duplicado, llegando a 5 HP por obrero.<sup>15</sup>

Este avance de la maquinización modifica la base del proceso productivo, impone al obrero de planta nuevos ritmos de producción, y repercute en la relación capital-trabajo al interior de las fábricas, fundamentalmente en lo que hace al control del proceso de trabajo. En el período previo a la huelga de 1942, una dirigente del SOIM, afirmaba que “el trabajo a destajo y el *standard* no permite a los obreros moverse un minuto de la máquina”.<sup>16</sup> Por otro lado, un estudio de caso realizado por Roberto Elisalde sobre la empresa SIAM revela el desarrollo de formas *tayloristas* y *fordistas* de producción para el período que nos interesa. En palabras del autor, “SIAM inicia en esta etapa un

proceso de mayor tecnologización, el maquinismo tomará una forma objetiva, la de una mayor dirección de la máquina, que suplantará a la vigilancia directa, es decir al control del capataz y del supervisor. La forma de subordinación del trabajo consistirá en la interiorización por parte del trabajador de las necesidades objetivas del proceso laboral”.<sup>17</sup>

Por último, la introducción de maquinaria permite al capital abaratar sus costos de mano de obra, reemplazando al obrero calificado y de oficio por obreros con menor grado de cualificación y alto nivel de especialización en una tarea concreta y limitada.<sup>18</sup> Un memorial del sindicato señalaba: “Debido al gran adelanto técnico y a la división del trabajo, la mayoría de los obreros se hacen prácticos en una o varias tareas que requieren pocos conocimientos técnicos”.<sup>19</sup> Esto abre, además, la posibilidad de incorporar mujeres y niños sin experiencia de trabajo, quienes realizan iguales tareas por menores salarios:

“...los oficiales ganan \$4,80 por día [mientras que] las mujeres ganan \$2,10 por día [y] no hay diferencia en el trabajo que hacen con los hombres...” (Obreros de CATITA).<sup>20</sup>

“Uno de los hechos más graves, a mi criterio, es que las empresas metalúrgicas se orientan –o mejor dicho ya lo han realizado en gran parte– a reemplazar a los obreros por mujeres y jóvenes, pagándoles sueldos irrisorios y ello se realiza en todos los trabajos, hasta aquellos más pesados, insalubres, donde hay que desarrollar mucha fuerza y son peligrosos. Por ejemplo, en los talleres de San Martín y CATITA, las mujeres y los menores trabajan en la sección bulonería, realizando todos los trabajos que antes hacían viejos obreros torneros y mecánicos, que percibían hasta \$7, mientras ahora las mujeres perciben término medio de \$2.” (Alba Tamargo, dirigente del SOIM).<sup>21</sup>

“...respecto de las mujeres, sostenemos el principio de que deben percibir la misma retribución que los hombres si realizan las mismas tareas...” (Declaración del SOIM durante el conflicto).<sup>22</sup>

“...tampoco hablemos del trabajo de las mujeres y de los menores que cada día son ocupados en mayor número en la industria metalúrgica por obra y gracia del adelanto técnico. Las mujeres ganan término medio \$2 por día, los jóvenes de \$2 a \$4 por día...” (Nota sobre el conflicto metalúrgico del diario *La Hora*).<sup>23</sup>

Hasta aquí, entonces, vemos que los obreros metalúrgicos que van masivamente a la huelga en 1942 están afectados por un proceso de incorporación de maquinaria que implica cambios en el proceso de trabajo y en las condiciones en las cuales éste se desarrolla a nivel planta. Paralelamente, estos mismos obreros están sufriendo un encarecimiento del costo de vida, por la carestía y la restricción de importaciones consecuencia del conflicto bélico internacional. En este contexto comienza el conflicto laboral.

## 2.2 – La huelga y la fracción metalúrgica de la clase obrera

A fines de 1941 el SOIM inicia una serie de asambleas que termina hacia febrero del año siguiente con la presentación a la patronal de un primer petitorio donde se incluyen tanto reclamos salariales como el cumplimiento de la Ley 11.729 de vacaciones anuales pagas, y en el cual se amenaza con una huelga ante el posible fracaso de las

negociaciones. La patronal, por su parte, no se presenta al DNT, dado que rechazan el reclamo sindical, entendiendo que “ya han dado el aumento”, que “desconocen la representación del sindicato” y que la ley en cuestión “no corresponde a los obreros industriales”.<sup>24</sup>

En abril, una nueva asamblea de obreros metalúrgicos analiza el accionar de la patronal y publica un memorial donde se describe de forma pormenorizada la situación de la rama y la de los trabajadores; en dicha asamblea se propone la creación de una Comisión de Laudo multisectorial encargada de la mediación entre las partes. Este memorial es presentado luego ante el Ministro del Interior Dr. Culaciatti.<sup>25</sup> Evidentemente el SOIM buscaba generar consenso en la opinión pública y entre los funcionarios gubernamentales sobre la justeza de sus demandas, y mostrar, al mismo tiempo, las intenciones conciliadoras y transigentes de la organización gremial frente a la permanente negativa de la patronal. Mientras se espera la respuesta del ministro, los industriales emprenden una ofensiva al interior de las fábricas contra los obreros que se basa fundamentalmente en suspensiones y despidos.

En los primeros días de mayo, en una nueva asamblea, el secretario general del SOIM, Muzio Girardi, comunica la negativa del ministro a crear la comisión arbitral propuesta y convoca a una nueva asamblea en el Luna Park para el día 28 con paro de media jornada.<sup>26</sup> En el ínterin, tanto los industriales como el Ministro Culaciatti niegan carácter general al reclamo por el aumento salarial.<sup>27</sup>

Para mediados de junio la situación no había mejorado, los contactos con el poder político no rendían frutos y los industriales seguían negando la posibilidad de cumplir las demandas de los obreros. Así, el 26 de junio se llama a una nueva asamblea en el Luna Park, junto con un nuevo paro de actividades. Los obreros responden masivamente a esta convocatoria. Ángel Perelman, dirigente sindical del SOIM, obrero de CATITA y futuro fundador de la UOM, menciona en sus memorias una concurrencia de 15.000 asistentes.<sup>28</sup> En esta asamblea los metalúrgicos declaran la huelga, condicionando el levantamiento de la medida a la consecución de sus objetivos. En total el paro se extiende durante 18 días; se producen innumerables detenciones de obreros y delegados –incluyendo la del propio Girardi–, y la policía clausura del local del sindicato. Durante el conflicto, los industriales siguen a la ofensiva, como lo demuestra por ejemplo el alto número de obreros suspendidos en SIAM (alrededor de 1.500). La medida de fuerza fue levantada en una asamblea del 13 de julio, ante la promesa del Ministro de reincorporar sin represalias a los obreros suspendidos y de que la CGT se pondría al frente de las negociaciones.<sup>29</sup>

Respecto de la forma en la cual se decide el levantamiento de la huelga, Perelman aporta algo de información. Según el dirigente sindical, el SOIM divide la Asamblea General del 13 de julio en dos actos paralelos, uno celebrado en la Federación de Box de la Capital, el otro en el cine Rivas de Avellaneda. El motivo de esta fragmentación – siempre siguiendo los condicionados recuerdos de Perelman– es que los comunistas habían sido amenazados por el Ministerio del Interior; el Dr. Culaciatti les habría dicho a los dirigentes del SOIM que “...o levantaban la huelga o los mandaban al Sur a todos y clausuraban el diario comunista *La Hora*...”.<sup>30</sup> En ambas asambleas Perelman menciona que hubo incidentes entre los obreros y los dirigentes del sindicato, quienes intentaban justificar la necesidad de levantar la huelga porque si no les estarían haciendo “el juego a los nazis”. También sugiere que actuó el aparato del Partido, intentando volcar la opinión de los concurrentes hacia la vuelta al trabajo. Y ante el



fracaso de estos métodos, se producen actos de violencia entre la “camarilla extragremial” y los obreros, que deben ser controlados por la policía.

Ahora bien, los dirigentes del SOIM no sólo reciben presiones desde el Estado para dar por concluido el conflicto, sino también desde el propio Partido. Así lo sugiere Muzio Girardi cuando afirma “...y el Partido me dijo, es decir [Vittorio] Codovilla [uno de los referentes principales del PCA]: nosotros no podemos estar permanentemente sosteniéndoles la huelga. Hay que darle curso a esto...”; o cuando menciona las intermediaciones del Partido para llegar a un acuerdo en forma directa con algunos empresarios de la rama, como por ejemplo con el propio Torcuato Di Tella de la empresa SIAM.<sup>31</sup>

Paralelamente a estas tensiones entre bases y dirigencia del sindicato, y a las presiones que recibían éstos desde el Estado y el Partido Comunista, la situación laboral iba empeorando para los asalariados: ya levantada la huelga, el trabajo en las fábricas no se normalizaba, el personal no era reincorporado y el petitorio no se cumplía. Así, el 31 de julio se convoca una nueva asamblea de delegados y activistas del gremio, en donde se resuelve elevar un nuevo ultimátum a la patronal en el cual se afirmaba que, en caso de que el Ministro Culaciatti no emitiera una resolución favorable en el plazo de ocho días, los obreros metalúrgicos volverían a la huelga.<sup>32</sup> Es decir que, tras 18 días de huelga, después de un levantamiento poco claro de la medida de fuerza y a pesar de la represión policial y de la no consecución de ningún beneficio, los obreros, delegados y activistas metalúrgicos siguen a la ofensiva.

Durante la semana siguiente el discurso tanto del sindicato como el del periódico comunista *La Hora* se torna más y más agresivo; pero, al mismo tiempo, continúan su intento de generar consenso político para torcer el brazo de los industriales por medio del accionar del gobierno en favor de los obreros.<sup>33</sup> Paralelamente son denunciadas más represalias en las fábricas, donde los despidos y la acción de matones están a la orden del día.

Desde el Ministerio del Interior se emite una propuesta de establecer mínimos salariales y aumentos generales del 10%, sólo en el caso de que los salarios no fueran inferiores a dicho límite o bien ya hubieran sido aumentados en ese porcentaje desde el 15 de junio del año 1941. Ante esto el SOIM, a través de la CGT, entrega un nuevo petitorio con una contrapropuesta, discutiendo tanto los montos de esos salarios mínimos como la fecha para considerar como válido el aumento del 10%, reclamando nuevamente el cumplimiento de la ley de vacaciones, y solicitando la reincorporación de los obreros despedidos y suspendidos.<sup>34</sup>

Ahora bien, más allá de la retórica combativa del sindicato y del diario del Partido Comunista, la intervención oficial del Ministro y de la CGT agregaba un cariz distinto al desarrollo del conflicto. Sobre todo, mostraba la contradicción en la cual estaban encerrados los dirigentes del gremio, dado que habían aceptado elevar un ultimátum surgido desde las bases del sindicato al mismo tiempo que apostaban a la firma de un laudo ministerial favorable a sus reclamos. Este doble juego estalla cuando se vence el plazo puesto por los obreros para retomar las acciones de lucha y aún el laudo no es más que una promesa.

El 8 de agosto es un momento clave para comprender el desarrollo posterior del conflicto. Este día debía celebrarse la Asamblea General del gremio en el Luna Park; allí era evidente que, debido a la evolución negativa del conflicto para los obreros, se

resolvería la declaración de una nueva huelga. Pero suceden dos hechos para remarcar. Por un lado, miles de obreros, delegados y activistas se encuentran con el escenario de la asamblea cerrado por la policía (la misma que días antes había autorizado la realización de dicho evento) y se dirigen al local del SOIM para exigir las explicaciones del caso. Según *La Hora*, los trabajadores fueron informados allí de la nueva disposición policial. Pero, por otro lado, un comunicado emitido por la Comisión Directiva del sindicato sostiene que: “Dado el compromiso público de una pronta solución, que no dudamos será favorable a nuestra petición, *la CD de nuestro sindicato resuelve diferir la resolución que le confirió la Asamblea de Delegados, Comisiones Internas de Fábricas y Talleres y Activistas del gremio*, el 31 del mes próximo pasado”.<sup>35</sup>

Es decir, el SOIM, a la vez que suspende la asamblea y deja sin efecto el plazo estipulado por el ultimátum antes mencionado, afirma que fue la policía la culpable de la no realización del evento. Es posible suponer que no sólo nosotros detectamos esta contradicción, sino que fue evidente para los propios protagonistas; tanto es así que dos días después es el propio sindicato el que, en un nuevo comunicado, aún necesita explicar su decisión de “diferir la puesta en práctica de la disposición de la Asamblea General” dado que “[vino] a probar una vez más el espíritu conciliador de la CD del sindicato”.<sup>36</sup>

Y ahora sí queda más claro lo sucedido: más allá de si efectivamente fue la policía la que suspendió la asamblea, o si fue un arreglo entre el sindicato y el Ministerio del Interior, lo que queda claro es que la estrategia de la dirigencia del SOIM no incluía una nueva huelga, sino que, por el contrario, intentaba presentarse ante el Estado, la burguesía, la opinión pública y la propia clase obrera, como una instancia de negociación conciliadora y tolerante.

El 20 de agosto llegó el esperado laudo ministerial con mejoras leves en los salarios. El SOIM convoca entonces a una asamblea en el Luna Park, en la cual el laudo es aceptado, aunque se reconoce que el mismo está por debajo de lo reclamado.<sup>37</sup> Sin embargo, en los días siguientes, los obreros denunciarán el incumplimiento del laudo por parte de distintas empresas.<sup>38</sup>

Tras este breve relato de los acontecimientos, es interesante señalar que los dos aspectos mencionados al principio de este apartado (los cambios en el proceso de trabajo y el problema salarial) se manifiestan en el conflicto por carriles a veces similares, otras diferentes. Ya desde los primeros petitorios elevados por el sindicato a la patronal la cuestión salarial aparece en primer plano. En enero de 1942 el reclamo es por un aumento en los salarios que va entre un 10% y un 25% según las categorías laborales, junto con el cumplimiento de la ley de vacaciones anuales pagas. Con el correr de los meses y luego de declarada la huelga, a estos puntos se sumará la cuestión de los obreros suspendidos.<sup>39</sup>

Sin embargo, no es en los petitorios oficiales del gremio donde aparecen los problemas surgidos a nivel del ámbito de trabajo. En los diarios *La Hora* y *La Vanguardia* (comunista y socialista respectivamente), las crónicas del conflicto nos permiten ver que las quejas de los activistas y de los obreros también incluyen cuestiones más cotidianas y que hacen al control de la fuerza de trabajo por parte del capital; éstas no figuran en la reproducción de los comunicados firmados por la Comisión Directiva del SOIM, sino en entrevistas realizadas por estos periódicos y –en su mayoría– en cartas de lectores que los propios obreros en conflicto envían a los diarios. Para nosotros,

aquí se expresa la fuerte conexión entre el conflicto abierto y los cambios en el proceso de trabajo. Repasemos algunos de estos reclamos que, creemos, tipifican la experiencia de los obreros a nivel planta:

“Esta es una verdadera cárcel [...] si un día se hace una pieza en diez minutos, enseguida el capataz pretende que se la haga en ocho, y si no se cumple vienen las suspensiones. Estamos vigilados hasta cuando vamos a los servicios. Se nos controla el tiempo para todo. Tenemos que estar inclinados en las máquinas toda la jornada.” (Obreros de CATITA).<sup>40</sup>

“En esta empresa se cometen muchas transgresiones a las leyes del trabajo. Los baños están en un estado tal, que nadie puede acercarse sin sentir asco. Las mujeres tienen que pedir la llave al capataz cada vez que necesitan ir al baño y cuando lo hacen dos veces en un turno, ya son objeto de una observación. En el trato de los obreros impera el *despotismo*, pues al que no se queda a trabajar después de la hora reglamentaria se le aplican varias horas de suspensión.” (Obreros de Miranda).<sup>41</sup>

Esta mención al despotismo que impera en las relaciones capital-trabajo es un tema central en el reclamo de los obreros metalúrgicos. Con el desarrollo del conflicto, esta cuestión va tomando distintas expresiones; una de ellas tiene que ver con la presencia de “matones” cuyo papel es el de provocar a los obreros en los lugares de trabajo y en sus intermediaciones. No sólo provocarlos, sino también golpearlos, perseguirlos y hasta hacerlos detener por la policía. Veamos:

“Con motivo de la preparación del anunciado paro [del 28 de mayo] y la gran asamblea en el Luna Park, el señor Di Tella que se llena la boca hablando de democracia, mientras su establecimiento es un verdadero *campo de concentración*, ha recrudescido las medidas represivas hasta poner elementos incondicionales en la puerta que pretenden pasar por policías, los cuales impiden incluso con ostentación de armas que sean repartidos volantes anunciando la asamblea del jueves.” (Nota del diario *La Hora*).<sup>42</sup>

“A los obreros sindicados como activistas del movimiento se les trata de provocar en distintas formas, con el fin de tener motivos para suspenderlos, teniendo que recibir toda clase de insultos y amenazas.” (Obreros de Miranda).<sup>43</sup>

“Matoncitos en la puerta de SIAM” (Titular de *La Hora*).<sup>44</sup>

“Obreros de IMPA Querandíes denuncian la detención de dos obreros sin justificación [activistas del SOIM] [...] [y] responsabilizan a los directivos de la fábrica.” (Nota del diario *La Hora*).<sup>45</sup>

Es de notar que incluso los automóviles de los gerentes de distintas fábricas fueron utilizados para llevar a cabo detenciones similares a las recién mencionadas.<sup>46</sup> Estas atribuciones policíacas que se tomaban los patrones y los capataces de las principales industrias metalúrgicas a comienzos de la década de 1940 van de la mano con una concepción de la fábrica como lugar donde ese despotismo es desarrollado y donde el poder de mando del capital sobre el trabajo se lleva a cabo en contradicción con las leyes del Estado.<sup>47</sup> En la empresa IMPA, por ejemplo, tras la huelga comenzó a exigirse de los obreros la presentación de “Certificados de Buena Conducta” expedidos por la Policía Federal como requisito para la incorporación o continuidad en el puesto

de trabajo, lo que claramente constituye un acto de persecución política explícito al margen de toda disposición legal.<sup>48</sup>

Las expresiones de esta forma de entender las relaciones capital-trabajo desde la óptica de aquellos capitalistas son altamente elocuentes:

“El ministro manda en su casa.” (Miranda, propietario de la metalúrgica del mismo nombre).<sup>49</sup>

“En la empresa Broadway, un representante de la misma, al anunciar las represalias, manifestó que en el mencionado establecimiento mandaba él, y no el ministro del Interior.” (Obreros de Broadway).<sup>50</sup>

Vemos entonces que lo que sale a la superficie en estos momentos, junto con el deterioro salarial y el incumplimiento de la ley de vacaciones, son cuestiones que hacen a las relaciones entre capital y trabajo en el corazón del proceso productivo. Ya en el Capítulo XIII de *El Capital* es el propio Marx quien señala el surgimiento de este tipo de conflictos (que en términos *aggiornados* podríamos denominar de “relaciones de poder”) producto del avance de la concentración y centralización del capital en las distintas ramas de la división social del trabajo, y del incremento de la composición orgánica del capital por el proceso de maquinización.<sup>51</sup> Este proceso de transición hacia la gran industria –y las distintas mutaciones posteriores que la competencia capitalista genera en este tipo social de producción– implica cambios en la forma de aplicación de la fuerza de trabajo en el proceso de valorización, con sus correspondientes formas de control de la producción y del proceso de trabajo.

Ahora bien, estos cambios impactan también al interior mismo de la fracción obrera metalúrgica. Ya mencionamos que el conflicto salarial y por vacaciones pagas ocupa casi exclusivamente el reclamo elevado tanto al Estado como a los industriales a través del sindicato, mientras que el problema de las condiciones de trabajo (y de las “relaciones de poder”) al interior de las fábricas se expresa sólo a través de los propios obreros y activistas. También vimos que, mientras los trabajadores, tras 18 días de huelga, seguían a la ofensiva, el SOIM apostaba a que la intervención de la CGT resolvería el conflicto a favor de los obreros, acrecentando la presión del gobierno sobre la patronal. Esta tensa relación entre las bases y la dirigencia de los metalúrgicos está latente en todo el período analizado y no sólo en los días de huelga.

¿Cómo pensar dicha tensión bases-dirigentes? ¿Tiene relación con la crisis del SOIM? A primera vista se nos plantean tres escenarios posibles. El primero sería el de una burocratización del gremio, en donde los dirigentes estarían defendiendo sus propios intereses más que los surgidos de los conflictos protagonizados por los obreros. Un segundo escenario nos plantea la posibilidad de que las masas obreras se encontrarían en un momento de superación de la organización que hasta entonces los contenía, pero reivindicando objetivos inmediatos y más bien “espontáneos” que –a los ojos de los dirigentes– pondrían en peligro la organización misma. Por último, una tercera posibilidad sería el surgimiento de una dirigencia alternativa que estaría disputando la conducción del gremio y que reforzaría aún más la tensión entre las bases y la dirigencia del momento.

Con respecto a la burocratización del sindicato metalúrgico, creemos que no es un escenario factible, no sólo en relación con este período de la historia del sindicalismo argentino, sino a través de la crónica de los propios acontecimientos, donde –por

ejemplo— vemos desarrollarse una dinámica asamblearia en la cual los dirigentes deben rendir cuentas en forma permanente ante los activistas y las bases. Además, vemos que los dirigentes sindicales comparten codo a codo la lucha con los trabajadores al punto tal que —como vimos— el propio Muzio Girardi es uno de los detenidos en los momentos más álgidos del conflicto.

Si pensamos en un posible segundo escenario, aún no hemos encontrado instancias en las cuales la lucha se haya radicalizado tanto que los dirigentes comunistas del SOIM no hayan podido encauzarlas en sus manifiestos y reclamos a la patronal y al Estado. Sólo hay una breve mención de una manifestación espontánea exigiendo explicaciones en la puerta del sindicato el día en que fue suspendida la asamblea que posiblemente habría declarado nuevamente la huelga general del gremio.<sup>52</sup>

Por otro lado, no encontramos rastros de una dirigencia alternativa al SOIM consolidada *previamente* y que interviene en la huelga para disputar la conducción de los acontecimientos. Pero sí disponemos de algunos indicios que nos conducen a pensar que es *durante* el desarrollo del conflicto cuando se va forjando una oposición al interior de la fracción metalúrgica. Al respecto, el propio Muzio Girardi, en la asamblea de delegados y activistas del gremio del 31 de julio, denuncia “maniobras divisionistas” por parte de “quinta columnistas” y de la “Alianza de la Juventud Nacionalista”.<sup>53</sup> En este mismo sentido, unos meses antes el secretario general del SOIM subrayaba que “el SOIM es el *único* representante de los obreros y obreras que trabajan en el metal en la Capital y pueblos suburbanos”.<sup>54</sup> Y por último, *La Hora* hace mención a un episodio en el cual activistas comunistas del sindicato persiguen y golpean a militantes trotskistas que habrían estado “volanteando” en la puerta de una fábrica metalúrgica de Avellaneda (aunque el diario del PC se cuida muy bien de mencionar el nombre de los agredidos, ni si se trata de obreros metalúrgicos o de militantes políticos ajenos a la fábrica en cuestión). De la misma manera podemos comprender los disturbios mencionados por Ángel Perelman ocurridos —como ya mencionamos— en las dos asambleas paralelas que decidieron el levantamiento de la medida de fuerza.

Recién en 1943 es cuando la lucha entre dirigencias rivales se hace explícita, con la aparición de la UOM. Esta disputa comienza a resolverse un año después, luego del encuentro entre el propio coronel Perón y una delegación del nuevo sindicato, culminando en la crisis definitiva de la dirigencia comunista de los obreros metalúrgicos.<sup>55</sup>

Ahora bien, esta crisis no sólo se expresó en la desaparición del SOIM. Más aún, el ascenso del peronismo fue concomitante con una desvinculación cada vez más tajante entre comunismo y clase obrera. Creemos que el caso de los metalúrgicos puede aportar elementos para comprender la relación entre estos dos procesos.

## Conclusiones

Los pocos analistas de la historia del movimiento obrero que mencionan el conflicto metalúrgico de 1942 en su mayoría acusan al PC y al SOIM de haber “entregado” la huelga —por culpa de su política internacionalista y antifascista— en manos de los “democráticos” industriales argentinos. Así, no hacen más que seguir a pies juntillas los escritos de Ángel Perelman, confundiendo lo que en este autor son “memorias” de lo que es intencionalidad política. Perelman, autocaracterizado como integrante de la “izquierda nacional”, defensor de las tesis de Abelardo Ramos sobre el origen del

peronismo, fue quien no hizo más que adaptar la noción de “traición” –elaborada previamente para explicar la crisis del Partido Comunista–, al caso particular de los dirigentes del SOIM. En otras palabras, estaríamos en presencia de un caso que ejemplifica la inoperancia de la “izquierda cipaya” en la organización del movimiento obrero argentino.

Nosotros creemos que la cuestión no puede resolverse de forma tan sencilla. Claro está que en la organización de las asambleas que deciden el levantamiento de la huelga primero, y luego la aceptación del laudo ministerial, hay manejos poco claros por parte de la dirigencia del SOIM. No obstante, no creemos que se trate de una simple “traición”. Por el contrario, pensamos que el problema de la relación entre bases y dirigentes debe analizarse en movimiento respecto de la evolución del conflicto. Como vimos, la intervención de la CGT y del Ministerio del Interior en la misma semana que regía el ultimátum elevado por la asamblea de delegados y activistas, ponía en una situación con márgenes de maniobra cada vez más estrechos al sindicato. Por un lado, las bases presionaban por una nueva huelga; por otro lado, las instancias “legales” – reconocidas e impulsadas por el propio SOIM desde los comienzos del reclamo salarial– ya estaban intercediendo en el conflicto, aunque con sus propios tiempos. El sindicato, a lo sumo, tuvo que optar entre “cuidar” a una organización casi no reconocida por la burguesía industrial (pero sí por la CGT y por el Estado) o retornar a un proceso de huelga de final incierto; y en una coyuntura donde la principal virtud reconocida al SOIM por la mayoría de los políticos encuestados por *La Hora* era justamente el carácter “conciliatorio” del gremio.<sup>56</sup> Por otro lado, mencionamos que es probable que hayan surgido roces entre los líderes del Partido –obviamente alejados del calor de la huelga– y los propios dirigentes comunistas del sindicato, quienes tenían que enfrentar permanentemente los reclamos de los trabajadores.

¿Cómo explicar, si no es en términos de “traición”, la crisis del SOIM? ¿Cómo explicar la crisis de la dirigencia comunista de la fracción metalúrgica de la clase obrera si no es “desde afuera”, por la política de Perón de combatir a la izquierda sindical? Sólo podemos mencionar –a esta altura de la investigación y como hipótesis de trabajo– que la clave podría hallarse, retomando en cierta manera la sugestiva afirmación de Aricó, en la relación entre *clase* y *partido*, en la cual quedaron encerrados los dirigentes comunistas del SOIM. ¿Cuál era la *estrategia* de la *clase obrera* en este período? ¿Cuál era la de los *partidos* que –buscando convertirse en la vanguardia consciente de esa clase– pretendían expresar sus intereses?<sup>57</sup>

Desde nuestra perspectiva, las huelgas de 1942 se insertan como una instancia fundamental en el ciclo abierto en 1936 del desarrollo de la lucha de clases. Los metalúrgicos –al igual que las demás fracciones de la clase obrera– planteaban una estrategia de inserción democrática en el régimen político. Pero esta estrategia no existía como un ente externo a la clase misma ni como una suerte de “plan divino” ejecutado más allá de la voluntad de los obreros, sino que se iba construyendo a través de las diferentes instancias de conflicto surgidas de la dinámica de la relación entre el capital y el trabajo. La estrategia de la clase obrera, así, sólo puede ser concreta, encontrando soluciones parciales al interior de los marcos del sistema político. Sin embargo, la estrategia sindical del PCA –representada en este caso por el SOIM–, en lugar de surgir desde los conflictos y los reclamos concretos de los trabajadores, lo hizo desde la línea política del partido, la cual –en una particular interpretación de los conceptos leninistas de “vanguardia” y “partido”– se establece de forma “externa” a la clase. Sirven de ejemplo las siguientes palabras del propio Muzio Girardi:

“La *táctica* era que nosotros no declarábamos la huelga. La huelga la tiene que declarar la asamblea. No la dirección. Entonces, hablando, el delegado va echando leña al fuego... Ya hay un clima de lucha... y empieza en la tribuna y gritando: ¡Huelga! ¡Huelga! [...] de esta manera vamos ganando gente... estaban enardecidos... querían la huelga”.<sup>58</sup>

Esta conclusión también puede extraerse observando la dinámica del conflicto. Al comienzo de éste vimos que el problema salarial fue convertido por el sindicato en *la reivindicación* de los metalúrgicos, mientras que las quejas en referencia al incremento por parte del capital del control del proceso de trabajo directamente fueron obviadas, sólo mencionadas al interior de las unidades productivas, sin ocupar nunca un lugar de importancia en las negociaciones y en las declaraciones públicas del SOIM. Claro está que los mecanismos institucionales en los cuales pretendía el sindicato resolver el conflicto salarial difícilmente fueran –en este entonces– el marco adecuado para plantear aquellas quejas de los obreros respecto de las condiciones de trabajo, ya que éstas implicaban un cuestionamiento cierto del poder de mando del trabajo sobre el capital.<sup>59</sup> No obstante, el problema principal no fue que la conducción sindical hubiera operado una distinción en las demandas de los obreros; lo más importante en este caso es que –a los ojos de los trabajadores– ni siquiera las que sí convirtieron en bandera de lucha fueron conseguidas. Esta brecha entre los trabajadores y los dirigentes del sindicato, que no había impedido en principio el desarrollo de uno de los conflictos entre capital y trabajo más importantes del período, se convirtió en una separación casi definitiva cuando la dirigencia comunista del SOIM, atravesada por las distintas presiones cruzadas analizadas en este trabajo, decide no continuar con el proceso de lucha –como reclamaban los obreros– y aceptar una negociación con la patronal y el Estado bastante alejada de las pretensiones de los propios trabajadores.

Creemos, por lo tanto, que la crisis del SOIM se genera por el surgimiento de una nueva dirigencia sindical, la cual se conforma –a su vez– al calor de la lucha de los obreros contra el capital de la rama de la producción a la que pertenecen, y que luego se constituye en cabeza del movimiento obrero metalúrgico a causa de las tensiones previamente existentes entre las bases, los dirigentes comunistas del sindicato, y el propio Partido Comunista Argentino. Parafraseando al mencionado José Aricó, los metalúrgicos abandonaron el SOIM porque dejaron de reconocerlo como propio frente a la oportunidad de crear una nueva estructura.

¿Acaso ésta sea la clave para pensar el porqué de la posterior adhesión de la UOM al peronismo, en lugar de los efectos de la “modernización”, de la “movilización social”, o del carácter “disponible” de las masas de obreros nuevos? ¿Acaso la “racionalidad” de dicha adhesión tiene su arraigo “material” en reivindicaciones cumplidas luego de 1943 al interior de los márgenes del sistema? ¿Acaso la identidad peronista no se construye sobre esas mismas bases?

Si esto fuera así, lo que nos interesa señalar es que en el cumplimiento efectivo de esas reivindicaciones no puede sólo señalarse el carácter “paternalista” del régimen peronista, sin comprender que es en las diferentes luchas protagonizadas por la clase obrera –tanto en su conjunto como las que implicaron por separado a sus distintas fracciones– donde reside la clave para comprender el origen del peronismo. Del estudio de estos conflictos “preperonistas” –fundamentalmente los desarrollados durante 1942– quizás podamos, más adelante, discernir si el caso del SOIM aquí presentado se trata de una instancia particular de un movimiento general, o de una “rareza” de la historia.

---

<sup>1</sup> Queremos agradecer a Roberto Elisalde por habernos abierto, en su momento, las cada vez más estrechas y pesadas puertas de la investigación. No podemos dejar de mencionar tampoco a Julián Kan, quien participó activamente en las primeras etapas de este trabajo. Y, finalmente, la colaboración de Fabián Fernández y Nicolás Iñigo Carrera, quienes han leído un borrador de este texto y nos han hecho importantes sugerencias.

<sup>2</sup> Rouquié, A., *Poder militar y sociedad política en la Argentina (vol. I)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1984, p. 333. Murmis M. y Portantiero, J. C., *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1972, pp. 86-91.

<sup>3</sup> Cuando nos referimos a *fracción de clase* pensamos en segmentos verticales en relación con el sector del capital que los explota. Como fracción está imbuida de las generalidades de la clase obrera, pero —a la vez— con determinadas particularidades que hacen de ella un elemento único. Consideramos el proceso de formación de una fracción de clase como un proceso análogo a la conformación de la clase misma, es decir, a través de la lucha contra el capital de una rama de la producción.

<sup>4</sup> Germani, G., *Política y Sociedad en una época de transición*, Paidós, Bs. As., 1971.

<sup>5</sup> Murmis, M. y Portantiero, J.C., *op. cit.*

<sup>6</sup> Iñigo Carrera, N., *La estrategia de la clase obrera. 1936*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2000.

<sup>7</sup> Camarero, H., “Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Balance historiográfico e hipótesis interpretativas”, en *Revista CICLOS*, Buenos Aires, Año XI, Vol. XI, N° 22, 2do. Semestre de 2001.

<sup>8</sup> Del Campo, H., *Sindicalismo y peronismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1983, pp. 231-232.

<sup>9</sup> Aricó, J., “Los comunistas y el movimiento obrero”, en *La Ciudad Futura* N° 4, marzo de 1987, p. 17.

<sup>10</sup> Camarero, H., *op. cit.*, p. 152.

<sup>11</sup> Perelman, A., *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961, pp. 43-46. Es necesario aclarar que la UOM no nace peronista, sino que en sus orígenes encontramos el accionar de militantes y obreros de izquierda decepcionados con el SOIM. La “peronización” ocurre en los años posteriores, hacia mediados del año 1944. Véanse Del Campo, H., *op. cit.*, p. 183 ; Di Tella, T., *Perón y los sindicatos*, Ariel, Buenos Aires, 2003, p. 306.

<sup>12</sup> Elisalde, R., “Sindicatos en la etapa preperonista. De la huelga metalúrgica de 1942 a la creación de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)”, en *Realidad Económica*, Nro. 135, Buenos Aires, octubre-noviembre de 1995.

<sup>13</sup> Schvarzer, J., *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1996, pp.174 a 181.

<sup>14</sup> *La Hora*, 8/08/42.

<sup>15</sup> Grande Cobián, L., “TAMET, la economía y la guerra”, en *Razón y Revolución*, Nro. 10, Buenos Aires, primavera de 2002.

<sup>16</sup> *La Hora*, 23/01/42.

<sup>17</sup> Elisalde, R., “El mundo del trabajo en Argentina: control de la producción y resistencia obrera. Estudios sobre el archivo de la empresa Siam Di Tella (1935-1955)”, mimeo facilitado por el autor, 2003.

<sup>18</sup> Marx, K., *El Capital*, Tomo I, Capítulo XIII, Siglo XXI Editores (vol. 2), México, 1975.

<sup>19</sup> *La Hora*, 24/04/42.

<sup>20</sup> *La Hora*, 17/01/42.

<sup>21</sup> *La Hora*, 23/01/42.

<sup>22</sup> *La Hora*, 3/08/42.

<sup>23</sup> *La Hora*, 24/04/42.

<sup>24</sup> *La Hora*, 17/03/42.

<sup>25</sup> *La Hora*, 24/04/42.

<sup>26</sup> *La Hora*, 10/05/42.

<sup>27</sup> *La Hora*, 20/05/42.

<sup>28</sup> Perelman, A., *op. cit.*, p. 31. Roberto Elisalde retoma también esta cifra de 15.000 assembleístas, seguramente siguiendo a Perelman. Véase Elisalde., R., “Sindicatos en la etapa preperonista...”, p. 90. El periódico *La Vanguardia* del 27 de junio de 1942, menos arriesgado, menciona que se trató de “un acto multitudinario”.

<sup>29</sup> *La Vanguardia*, 1/07/42.

<sup>30</sup> Perelman, A., *op. cit.*, p. 32.

<sup>31</sup> Citado en Elisalde, R., “Sindicatos en la etapa preperonista...”, pp. 92-93.

<sup>32</sup> *La Vanguardia*, 1/08/42.

<sup>33</sup> En *La Hora* se publican en esta semana numerosos reportajes a políticos y funcionarios —en particular diputados socialistas y radicales y dirigentes sindicales— en donde la mayoría recalca la justeza del reclamo obrero y el empecinamiento de la patronal, en especial del sector más concentrado del capital.

<sup>34</sup> *La Hora*, 3/08/42.

<sup>35</sup> *La Hora*, 9/08/42 (subrayado nuestro).



- 
- <sup>36</sup> *La Hora*, 11/08/42.
- <sup>37</sup> Elisalde, R., "Sindicatos en la etapa preperonista...", p. 93.
- <sup>38</sup> Perelman, A., *op. cit.*, p. 33.
- <sup>39</sup> Véase el petitorio del SOIM en *La Hora* del 16/01/42 y la contrapropuesta de este sindicato elevada al Ministro de Interior en *La Hora* del 6/08/42.
- <sup>40</sup> *La Hora*, 17/01/42.
- <sup>41</sup> *La Hora*, 11/08/42 (subrayado nuestro).
- <sup>42</sup> *La Hora*, 26/05/42 (subrayado nuestro). Nos interesa aquí la descripción de las medidas represivas mucho más que la exageración del redactor de la nota.
- <sup>43</sup> *La Hora*, 11/08/42.
- <sup>44</sup> *La Hora*, 21/04/42.
- <sup>45</sup> *La Hora*, 6/03/42.
- <sup>46</sup> Entrevista a Rudecindo Rivas, obrero de Broadway, en *La Hora*, 2/08/42.
- <sup>47</sup> Véase para este tema De Gaudemar, J. P., *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*, Ed. Trotta, Madrid, 1991.
- <sup>48</sup> Archivo de Legajos de Personal de IMPA.
- <sup>49</sup> *La Hora*, 11/08/42.
- <sup>50</sup> *La Vanguardia*, 13/07/42.
- <sup>51</sup> Marx, K., *op. cit.*; De Gaudemar, J. P., *op. cit.*
- <sup>52</sup> *La Hora*, 9/08/42.
- <sup>53</sup> *La Hora*, 1/08/42.
- <sup>54</sup> *La Hora*, 24/04/42. (Subrayado nuestro).
- <sup>55</sup> Perelman, A., *op. cit.*, pp. 43-46. Roberto Elisalde señala también que los propios protagonistas de la fundación de la UOM reconocen en el "fracaso" de la huelga la crisis del SOIM y la génesis de esta nueva agremiación. Elisalde, R., "Sindicatos en la etapa preperonista...", p. 99.
- <sup>56</sup> Entrevistas a los diputados Mercader, Palacio, Cisneros y otros en *La Hora* en las ediciones del 1/08/42 al 11/08/42.
- <sup>57</sup> Iñigo Carrera, N., *op. cit.*, p. 270.
- <sup>58</sup> Entrevista realizada en 1989 por Roberto Elisalde, "Sindicatos en la etapa preperonista...", p. 91 (subrayado nuestro).
- <sup>59</sup> Cuestionamiento que, teniendo en cuenta los trabajos de Louise Doyon, recién se generaliza con posibilidades reales de llevarlo a la práctica en el período 1946-1955, con el auge de las comisiones internas. Véase Doyon, L., "La organización del movimiento sindical peronista (1946-1955)", en *Desarrollo Económico*, N° 94, julio-septiembre, 1984.